

R.L.R. Juan Aparicio

Ramiro Ledesma Ramos, no tanto por historiólogo cuanto por filósofo de la Historia, no obstante su mocedad pertrechada de otros saberes fisicomatemáticos, se había dedicado a la política fundacional y peligrosa desde los albores de 1930 hasta el 29 de octubre de un lustro después, imbuido del valor de su acción y de su pensamiento proféticos, y consciente de su muerte violenta y del olvido de su nombre y de su obra creadora por las promociones herederas. Acerca de esta amnesia respecto a la razón del Movimiento, descuidada como parte integrante para la formación de la «Conciencia Nacional», se condolía el general director de la Academia General Militar de Zaragoza en su palpitante alocución a los caballeros cadetes, instándoles a la lealtad y al recuerdo.

Quiera Dios que se publique pronto el libro exhaustivo, aunque en las décadas próximas haya de completarse con una copiosísima bibliografía del catedrático don José María Sánchez Diana sobre Ramiro Ledesma para que los estudiantes de Enseñanza Media, en cuyo Instituto de Burgos es director el autor del libro aún inédito, al ser interrogados, como recientemente en la televisión, no aleguen alivio a su ignorancia, porque nadie les había informado sobre quién era el inventor y organizador del jonsismo. Si los presuntos bachilleres desconocían a Ledesma Ramos hay un consuelo de tontos, al percatarnos de que tampoco identificaban al duque de la Victoria en la legendaria persona del general Espartero.

Sin embargo, Ramiro fue un español genuinamente moderno, generacionalmente casi coetáneo de quienes le ignoran, porque intervino en la vida pública de España al cumplir apenas la veintena, porque le asesinaron a los treinta y un años, porque habiendo estudiado en la Universidad de Madrid y traducido a Heidegger y a los vanguardistas de la física atómica, renunció a su semejanza intelectual con Juan Pablo Sartre, nacidos ambos en 1905, y hasta a la investigación y cálculo de la matemática posteuclidiana y de las partículas infinitesimales, para entregarse a un objetivo político presentado bajo las enigmáticas siglas de las JONS, según la usanza contemporánea; porque iba y venía encima de una motocicleta al modo de los adolescentes actuales y también del coronel Lawrence, el rey sin corona de Arabia; porque su mirada había adquirido la hiperestesia visual y cerebral de los infatigables aficionados al cinematógrafo, y porque si sus Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista no apelaban exclusivamente a las juventudes, como algunos han supuesto, confundiendo el significado de la jota, en cambio concibió y redactó su patético, lúcido y vigente «Discurso a las Juventudes de España», cuya lectura y meditación proporcionan respuesta a todas las cuestiones momentáneas y perdurables que se debaten.

Ramiro Ledesma, natural del zamorano Sayago y paisano y admirador de Viriato por su reciedumbre celtibérica y por su contextura mental de ciudadano del siglo XX, no ha pasado de moda, ni debe ser transferido a un Panteón de Españoles Ilustres, puesto que todavía yacen sus reliquias anónimas en el cementerio de Aravaca, donde se le ejecutó y enterró junto a Ramiro de Maeztu, compañero de cárcel de las Ventas y ligado a Ramiro, no sólo por la homonimia, sino principalmente por su pasión y clarividencia españolas, por una simpatía mutua, oriunda de su vocación profesional y de la intuitiva constancia de que habían de ser víctimas, los dos, de los agentes del extranjero, pero también del egoísmo y menosprecio de cuantos se aprovecharon de sus virtudes, mejorando fortuna, rango y amor propio.

El porvenir de Ramiro, aunque el presente fundamental rezuma sus síntesis y propuestas, debajo de la hojarasca confusa, resplandecerá pasado mañana, que es una fecha asimismo del calendario, cuando hayan desaparecido de las candilejas todos los mitos y figuras, finiquitados, exiliados y resurrectos, que ahora la invaden, como si el 18 de julio de 1936, el 29 de octubre de 1936, día en que pereció Ledesma al lado de una saca de españoles de varios partidos y clases sociales, y el otro 29 de octubre de la fundación falangista, fuesen efemérides fantasmagóricas. Existe una jactancia de los que se proclaman generación de 1948 y pretenden enderezar los renglones torcidos de la

generación del 98, media centuria precedente y originada por el desastre austro-borbónico en Ultramar y que están dispuestos a repetir las equivocaciones conductoras a todas las desgracias nacionales, sin que les importe el ejemplo de Maeztu, de cuyo monopolio alardean, y mucho menos el de Ramiro Ledesma Ramos, este R.L.R., tan misterioso y oculto como sus JONS, pero tan diáfano en el futuro.

[Artículo publicado en el diario *Arriba*, nº 10586, Madrid, 29 de octubre de 1966, p. 3]

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»
>SECCIÓN SOBRE RAMIRO
>DOCUMENTO N. 74